

BENEFICIOS DE LA PERSECUCIÓN

El mismo **Jesús de Nazaret** nos dijo: *“Felices seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en los cielos”* (Mt 5, 3-12).

La persecución de los cristianos sigue floreciente en nuestra época. El **papa Francisco** escribió: *«La persecución es una de las características, de los rasgos en la Iglesia, e impregna toda su historia»* Y *«la persecución es cruel, como la de Esteban, como la de nuestros hermanos pakistaníes hace tres semanas»*. Hay, sin embargo, advirtió Francisco, *«otra persecución de la que no se habla tanto»*. Se trata de otra persecución que *«se presenta disfrazada como cultura, disfrazada de cultura, disfrazada de modernidad, disfrazada de progreso: es una persecución —yo diría un poco irónicamente— educada»*. Se reconoce *«cuando el hombre es perseguido no por confesar el nombre de Cristo, sino por querer tener y manifestar los valores del hijo de Dios»*. Por lo tanto, es *«una persecución contra Dios Creador en la persona de sus hijos»*.

En tiempos pasados **San Ambrosio**, obispo de Milán y doctor de la Iglesia, en su comentario sobre el salmo 118 escribió estas palabras: *“Hay que pasar mucho para entrar en el reino de Dios. Muchas son las persecuciones, muchas las pruebas; por tanto, muchas serán las coronas, ya que muchos son los combates. Te es beneficioso el que haya muchos perseguidores, ya que entre esta gran variedad de persecuciones hallarás más fácilmente el modo de ser coronado.*

Pongamos como ejemplo al mártir san Sebastián. Este santo nació en Milán. Quizá ya se había marchado de allí el perseguidor, o no había llegado aún a aquella región, o la persecución era más leve. El caso es que Sebastián vio que allí el combate era inexistente o muy tenue.

Marchó, pues, a Roma, donde recrudecía la persecución por causa de la fe; allí sufrió el martirio, allí recibió la corona consiguiente. De este modo, allí, donde había llegado como transeúnte, estableció el domicilio de la eternidad permanente. Si sólo hubiese habido un perseguidor, ciertamente este mártir no hubiese sido coronado.

Pero, además de los perseguidores que se ven, hay otros que no se ven, peores y mucho más numerosos.

Del mismo modo que un solo perseguidor, el emperador, enviaba a muchos sus decretos de persecución y había así diversos perseguidores en cada una de las ciudades y provincias, así también el diablo se sirve de muchos ministros suyos que provocan persecuciones, no sólo exteriores, sino también interiores, en el alma de cada uno.

Acerca de estas persecuciones, dice la Escritura: Todo el que se proponga vivir piadosamente en Cristo Jesús será perseguido. Se refiere a todos, a nadie exceptúa.

¿Quién podría considerarse exceptuado, si el mismo Señor soportó la prueba de la persecución? ¡Cuántos son los que practican cada día este martirio oculto y confiesan al Señor Jesús! También el Apóstol sabe de este martirio y de este testimonio fiel de Cristo, pues dice: Si de algo podemos preciarnos es del testimonio de nuestra conciencia”.

San Agustín, en su sermón 274 sobre el martirio de San Vicente, escribió: *“Hemos contemplado un gran espectáculo con los ojos de la fe: el mártir san Vicente, vencedor en todo. Venció en las palabras y venció en los tormentos, venció en la confesión y venció en la tribulación, venció abrasado por el fuego y venció al ser arrojado a las olas, venció, finalmente, al ser atormentado y venció al morir por la fe”.*